

De los hielos a la historia

Dr. Jorge Rossi

Guardiamarina de la Reserva, Cpo. Naval, Comando
egresado del Liceo Naval Almirante Brown.

Corría fines de 1953 en esa Buenos Aires de siempre, ensimismada invariablemente en su rutina. Formando ínclita parte de ella, el café de la esquina recibía, con la caída de cada tarde, la avanzada del desfile de parroquianos presto a transformar la más absoluta de las nimiedades en una cuestión suficientemente grave para discutirla hasta el infinito, sin perjuicio que, en algunos casos y pese a su importancia, pudiera ser interrumpida a fin de poder ocuparse de asuntos mucho más triviales como ir a trabajar, cenar o dormir, para luego retomarla al día siguiente con ímpetu renovado y argumentos probablemente prestados. Cada uno ocupaba su estratégico lugar, disimulando mal (pero sin que eso importara) la preocupación atenta por las conversaciones, las lecturas y los comentarios de los otros, siempre a punto para saltar al abordaje ni bien se percibiera algún tema lo suficientemente válido como para motivar al oyente.

Con cierto aire catedrático, un señor de traje y anteojos, sentado con el codo derecho apoyado en la barra, desplegaba ante sí *La Prensa* del día buscando sin saber bien qué, hasta que encontró la noticia apropiada para transformarse en el oráculo opinante del momento:

–Che, fíjense esto: dice que hace cincuenta años unos tipos se fueron en este barquito a la Antártida a buscar a unos suecos que se habían perdido. ¡Qué bolazo, hermano! ¡Cómo te agrandan las cosas para hacer propaganda!

Un sentimiento generalizado de aprobación aplaudió la sentencia enunciada dándole visos de inapelable, hasta que desde una mesa chica, que casi pedía permiso para acomodarse con su solitario y siempre silencioso ocupante en el rincón de la esquina, con el borde casi besando el vidrio que daba a la calle, surgió una voz ronca cargada de tiempo, de viento y ganas, que desafió a toda esa intelectualidad breve y elemental que creía regular tanto la realidad como la historia misma:

–No es ningún bolazo, señor. Yo estuve ahí. Yo fui tripulante de la *Uruguay*.



Hasta el humo de los cigarrillos quedó suspendido en el aire, participando del asombro incómodo de los concurrentes, que giraron casi al unísono sus cabezas, convergiendo las miradas al ángulo olvidado, donde súbitamente parecía que la figura encorvada y silenciosa del hombre que tomaba siempre tan lentamente su café, que lo disfrazaba de eterno, se agigantaba y ocupaba el espacio que nunca había pedido y ahora se le abría sin más remedio. El ambiente fue envuelto por la certeza tácita que él debería seguir hablando:

–Ese que usted llama barquito, señor, ya era en 1903 un buque con 27 años de orgullosa historia en la Armada. Fue parte de la expedición a Santa Cruz del Comodoro Py, de la cual ustedes seguramente no tienen idea, cuando los chilenos tomaron como propia la boca del río Santa Cruz. A bordo de ella egresó la Primera Promoción de la Escuela Naval, que tenía solamente cuatro oficiales, justo ahí en Santa Cruz.

Bebió despaciosamente un sorbo de café, excelente excu-

sa para una pausa que le sirvió para darse cuenta ya que el progreso de su relato era irreversible, invadido repentinamente por la necesidad de contar sus verdades para que fueran bien escuchadas. Sus ojos, repentinamente vivaces, querían devorarse de una vez la atención y el silencio respetuoso de los que ahora comenzaban a ser atrapados en la lógica etérea de la epopeya. Prosiguió:

—Cuando se tuvo la confirmación que algo había pasado con el *Antarctic*, que así se llamaba el buque sueco, se ordenó preparar la expedición que habría de rescatarlo. Designaron la tripulación, y pusieron al mando al Teniente de Navío Irizar. Eran ocho oficiales y diecinueve tripulantes, hasta había un alférez chileno que no me acuerdo bien el nombre. ¡Qué Comandante que era el Teniente Irizar! No por nada lo hicieron venir de Inglaterra para tomar el comando de la *Uruguay*. En agosto entró a dique seco en los Talleres Navales de Dársena Norte, le cambiaron la máquina y la caldera, le agregaron mamparos, forraron los sollados y la cámara con aserrín de corcho para aguantar el frío; le pusieron un castillete a popa y una caseta para el timonel, la carenaron, le quitaron las quillas de roldo para navegar entre los hielos, llenaron los pañoles de víveres como para invernar dos años. Uno de los pañoles, el de proa, se ocupó con doscientos kilos de algodón pólvora por si había que hacer voladura de hielos... Al barquito, como le decía el señor, lo prepararon muy bien, créanme.

Hizo una nueva pausa de café y reconocimiento, y ya percibió sutilmente cierto atisbo de impaciencia por la interrupción. Adivinando que su auditorio no lo iba a tolerar mucho más el silencio, continuó:

—Zarpamos del mismo Taller Naval el 8 de octubre de 1903. Hasta el Presidente Roca y el Ministro de Marina estuvieron en la despedida, pero nada fue tan importante para nosotros como el coraje de nuestras familias, dándonos aliento con su silencio valiente y sus lágrimas escondidas para acompañarnos en esa aventura que no podíamos intuir, ni siquiera imaginar. El 16 recalamos en la isla Observatorio, del grupo de las Año Nuevo, y fondeamos en puerto Cook. De allí a Ushuaia, donde repusimos carbón, y desembarcamos al mayordomo y un foguista, que estaban enfermos y fueron reemplazados por miembros de la dotación del *Azopardo*, un pequeño transporte arrojado contra la costa por fuertes vientos. El 1° de noviembre a la madrugada zarpamos de Ushuaia, tomamos el canal Beagle hacia el oeste, hasta dejar el islote Evout por estribor y abrimos de las islas del Cabo de Hornos. Muy pronto el pasaje Drake se esmeró en demostrarnos la magnitud que debería tener nuestro temple para que nos permitiera atravesarlo, lanzándonos andanadas de viento de todas las direcciones hasta que nos obligó a capear casi un día entero, recién retoma-

mos rumbo sur en la madrugada del 4 de noviembre, pudiendo ver nada más que a tres millas de distancia entre las ocasionales ventanitas que nos permitían la nieve y el granizo. Ese mismo día, nos fue concedida la maravilla del avistaje de los primeros hielos, curiosas figuras multiformes de muchos tonos de blanco meciéndose con una suavidad imperceptible sobre el azul profundo del mar, especiales anfitriones que la tierra blanca enviaba a recibirnos.

Una respiración honda, acompañada de un silencio cómplice, fue el indicador de que los recuerdos reflataban la emoción de este hombre, para nada egoísta al momento de transmitírsela a los demás, que paulatinamente se iban sintiendo cada vez más a bordo de la Corbeta (nunca más el barquito). Una tos enérgica y un agradecimiento con una inclinación de cabeza a quien le alcanzó una copa de coñac terminaron de recomponerlo para que prosiguiera su relato:

—En la madrugada del 5 llegamos, luego de capear nuevamente, a la isla 25 de Mayo. Seguimos hasta el Mar de la Flota con mar de leva que nos hacía rolar muy fuerte, con rumbo a la isla Joinville. Calculando el desplazamiento de los hielos según los vientos, encontramos mar libre al este y ahí volvimos a poner proa al sur. Por la tarde nos abrazó el primer pack de hielo, debiendo abrirnos paso con máquinas avante toda. La excitación de la novedad jugaba en espirales con el temor y la incertidumbre mientras sentíamos el crujir del casco al perforar el hielo. Esa misma noche quedó de guardia el segundo Comandante, el Teniente Hermelo, que por muy poco pudo esquivar un témpano inmenso. Luego seguimos navegando hasta fondear entre cabo Seymour y la isla Cockburn. Allí se desembarcó por primera vez, enviándose una patrulla formada por el Alférez Fliess, el cirujano Gorrochategui y un marinero, en busca del depósito de víveres. Encontraron huellas recientes de pasos de dos hombres, y al regresar a bordo se reunieron los oficiales para decidir lo que se iba a hacer a partir de ese hallazgo.

”En la madrugada del 8 debimos zarpar de urgencia para no quedar atrapados entre los hielos luego de que el viento rotara bruscamente al sur, buscando la costa sudeste de la isla Seymour. Para ayudar al Comandante, que estaba en el puente, el alférez Yalour subió al nido de cuervos con un catalejo. No les puedo contar lo que sentimos cuando a las cinco de la mañana gritaba como un poseído avisando que veía una carpa en tierra. El tiempo para llegar pareció la eternidad misma, hasta que paramos máquinas y el Comandante Irizar y el oficial de derrota desembarcaron en una ballenera, y momentos más tarde se produce el hasta ahí impensado encuentro con el meteorólogo de la expedición sueca y

otro hombre más. Quedó el segundo Comandante a bordo, a cargo de la *Uruguay*, y emprendieron ellos la marcha por tierra hasta encontrarse con el campamento, en el cual se hallaba un oficial argentino, el Alférez Sobral, que había acompañado a los extranjeros en la expedición antártica. ¿Ustedes se imaginan lo que fue el encuentro de esos hombres con sus salvadores? Muchas veces he pensado en el sentimiento de los extranjeros con la esperanza como único capital, contemplando de manera indecorosamente súbita la silueta de la *Uruguay* fondeada frente a ellos. ¿Se imaginan lo que debe haber pasado por la cabeza del oficial Sobral, ante la misma imagen con el agregado del pabellón nacional flameando al tope acariciado por el viento helado? No, mi amigo, eso seguro que no se lo puedo contar. Si con la emoción uno se olvida hasta del miedo.

”Se sucedieron los encuentros con hombres de la expedición, incluido su jefe, el Dr. Nordenskjöld, y allí nos enteramos que el *Antarctic* se había ido a pique a 20 millas al sur de la isla Paulet, asfixiado por el hielo, y que un tal señor Larsen pasó el invierno con sus hombres en una choza de piedra en esa isla. Uno de ellos se murió aparentemente de un ataque al corazón por el frío...

Cada pausa para que el hombre apurara un sorbo, mientras estibaba la memoria silenciada durante tanto tiempo, exacerbaba la impaciencia del nuevo público ya definitivamente capturado.

-Pero sigo: con el alférez Sobral ya a bordo, un temporal del noroeste nos obligó a capear hasta la noche del 9 de noviembre, creo. Al otro día se completó el embarque de los suecos con su jefe, el Dr. Nordenskjöld. Por orden del Teniente Irizar en el momento que abordan se iza a tope la bandera sueca y la guardia rinde honores. Sin duda, ya estábamos amortizados contra las conmociones del espíritu.

”Zarpamos el 10 a la tarde hacia la isla Paulet, llevábamos hasta los perros de nieve, ¿saben? Llegamos al día siguiente y recogimos al resto de los naufragos, y emprendimos la culminación de nuestra misión: debíamos volver con los suecos, que no sin nostalgia (aunque parezca increíble) contemplaban la isla Paulet por la aleta de babor. Seguimos esquivando hielos hasta atravesar el estrecho de Bransfield, en el Mar de la Flota y poder pasar la isla Rey Jorge, en realidad 25 de Mayo, por el este. El 12 de noviembre dejamos el cabo Melville por babor, y ya libres de hielos flotantes, pensamos que lo peor había pasado, pero el mar siempre nos pone a prueba en el momento menos esperado. Apenas pasamos el cabo, empieza a soplar viento del noroeste cada vez más intenso, hasta que nos obliga a ponernos a la capa para recibir el mar por la amura de babor. Con

alternancias, el temporal sigue dos días más. Era impresionante cómo rolábamos de una a otra banda, y en lugar de amainar la cosa empeoraba. En la madrugada del 15 llegamos a medir vientos de casi 100 kilómetros por hora, y esa mañana se rompe el palo mayor a la altura de la encapilladura de las jarcias principales, que son las que lo ataban a cubierta. Casi enseguida se rompe también el trinquete.

En ese momento la tensión era tremenda. Todos los parroquianos ya estaban definitivamente a bordo de la *Uruguay* sintiendo todo, sólo querían que él siguiera con la explicación de lo que les estaba pasando, de lo que estaban viviendo.

-Por suerte amainó un poco el viento, pero seguimos con mar gruesa, y cuando los dos palos estaban a punto de caerse, el Comandante ordena picar burdas para que cayeran al mar. Pidieron la colaboración de la tripulación del *Antarctic* para trabajar en el mayor, mientras nosotros nos ocupábamos del trinquete. El Comandante y el segundo controlaban la maniobra desde el alcázar, y seguramente pese a su experiencia no dejaban de admirar a los tripulantes cortando cables a casi veinte metros de la cubierta, mientras el buque rolaba intensamente, recibiendo los latigazos de los obenques y flechastes durante el esfuerzo sobrehumano de desarbolar. Pero lo hicimos, sí señor, y volvimos a cruzar el Drake hasta que el 17 llegamos a la isla Observatorio. Continuamos viaje y cuando llegamos a Santa Cruz se enviaron telegramas con la noticia de la misión cumplida. Proseguimos navegando hacia Buenos Aires con más temporales todavía, pero por fin llegamos a fondear en la madrugada del 30 de noviembre en Banco Chico. Por primera vez nos sentimos seguros, y quizás allí comenzamos a tomar conciencia de lo que habíamos vivido.

Con un temor casi reverencial, como sufriendo el remordimiento del pasado reciente, el mismo personaje de traje y anteojos se atrevió a intentar redimirse de su inocente insolencia con una pregunta:

-¿Y cómo los recibieron?

-¡Huy!, mire, fue una fiesta. Entramos a puerto el 2 de diciembre rodeados de tantos barcos que parecían olas del Río de la Plata, las sirenas de todos los buques aturdían. Pese a la rotura de los palos entramos empavesados. Sabe que había tanta gente en el muelle de Dársena Norte, que teníamos miedo que se empujaran y cayeran al agua. Qué sé yo, no sé, para nosotros si bien estábamos muy contentos lo importante era lo vivido en esta navegación. Creo que más o menos debemos haber pensado todos los tripulantes lo mismo la noche anterior, mientras fondeados en la rada adivinábamos las luces de

Buenos Aires. Discursos, comidas, agasajos... pasaron tantas cosas con tanto entusiasmo... pero después todo se diluye. Por eso le decía que para nosotros lo medular fue el viaje mismo. Todo lo demás no importa. Porque, si no, nos dolería aún más la ingratitud de la memoria, que fíjese que no respeta ni siquiera el símbolo de esa travesía que es la mismísima corbeta, esa que se embebió del espíritu de sus tripulaciones fusionándose con ellas en una irrepetible simbiosis marinera, y me vengo a enterar hace un tiempo atrás que, desarbolada y abandonada, la usaban como polvorín de la Escuela Naval.

El silencio imperó en soledad absoluta. Nadie se atrevía a quebrarlo. De pronto, un probable oficinista o tal vez empleado bancario, se levantó de su mesa y se dirigió al hombre que estaba aparentemente agobiado por su propia catarsis, y sin decir palabra alguna (puesto que no hacía falta), le tendió su mano primero y lo abrazó con fuerza después. Todos lo imitaron, y el marino se entregó mansamente al humilde pero sincero homenaje de sus auditores. Suavemente tomó su saco y su sombrero, y se encaminó hacia la puerta exactamente como lo hacía todos los días, despidiéndose con un murmullo imperceptible. Pero ya nunca más sería intrascendente. Tal vez por eso, o tal vez porque sabía que a partir de ahora se

hablaría de él y eso naturalmente lo incomodaba, varios ocasionales testigos certificaron un brillo húmedo en su mirada. Con rapidez se hundió en la noche de Buenos Aires, aunque nadie quería que se hubiese ido. Como homenaje ulterior continuó el silencio profundo, solamente cortado, ahora sí, por el ruido de los pocillos, los fósforos que encendían cigarrillos o los picos de las botellas buscando descansar en los bordes de las copas.

Entremezclados en la extraña y particular bruma del local (que ya no sería el mismo de siempre), uno o muchos vieron o creyeron ver las figuras que parecían impacientes de Seaver, Espora, Rosales, Azopardo, Piedrabuena, Martín Rivadavia, Guerrico, Robinson, Py, Irizar, Sobral, los héroes del *Fournier* y del *Guaraní*, incluso hasta el mismo Brown, todos ellos hacedores de la Historia Grande, esperando silenciosamente que la historia que se enseña sea justa con ellos, y que puedan ocupar el lugar que por legítimo derecho les corresponde en la memoria de la Nación por la que tanto hicieron. ■

Este cuento el autor lo presentó al diario La Nación, que nunca le respondió ni lo publicó.

ASOCIACIÓN DE VETERANOS DE GUERRA DE MALVINAS



Veterano de guerra: asóciase

Si es Veterano, incorpórese como **Socio Activo**.
Si no lo es, apóyenos como **Socio Adherente**.

Informes: Uruguay 654, piso 4, of. 403
C1015ABN, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel./fax: (011) 4373-5440 E-mail: aveguema@yahoo.com.ar
www.aveguema.org.ar